

# Bueno entre buenos\*

Haydee Santamaría

Cuando di su nombre en el hotel, no era mucho lo que sabía de Martínez Estrada: algo leído, algo de su actitud siempre decorosa, y el nombre ese, que me parecía, no sé por qué, de una persona si no alta por lo menos bien plantada. Mientras lo esperaba, vi que se me acercaba un anciano muy pequeño, muy encorvado, muy frágil. Se dirigió a mí, y le respondí cortésmente, pero quizás con un poco de impaciencia, porque yo estaba esperando a otra persona. Naturalmente, aquel viejito era esa otra persona. Debo reconocer que me sorprendió saber que era don Ezequiel Martínez Estrada. Nadie que leyera una página suya, tan fuerte, tan enérgica, podría imaginarlo así. Pero una sonrisa inmensa lo iluminaba, una sonrisa que le comía los ojos, la nariz, la cara. Hablamos unos momentos, y salimos a comer. Pronto empezó a toser, y tosía tanto, y se estremecía tanto

Tramas  
y Redes  
Jun. 2025  
Nº8  
ISSN  
2796-9096

.....  
\* Publicado en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, vol. 5, núm. 33, noviembre-diciembre, 1965, pp. 16 y 17.

## Cita sugerida

Santamaría, Haydee (2025). Bueno entre buenos. *Tramas y Redes*, (8), 367-368, 80dw.10.54871/cl4c80dw



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución- NoComercial- CompartirIgual 4.0 Internacional [https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es\\_AR](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR)

tosiendo que pensé, sinceramente, que esa misma noche se iba a morir; pensé que, en todo caso, no duraría mucho, y me preocupó y angustió verlo tan poquita cosa, acabándose casi. Afortunadamente, sabemos que nos vivió más de cuatro años, y que esos cuatro años, para gran alegría nuestra, iban a ser dedicados a nuestro país, a nuestra Revolución, que él entendió y defendió con una inteligencia y un valor que son ejemplo para los hombres de nuestro Continente. Aquel hombre era fuerte y grande, aunque su cuerpo no lo acompañara; aquel hombre era juvenil, aunque fuese un anciano.

Enseguida se veía que era un maestro, un maestro admirable que enseñaba incluso cuando no se proponía hacerlo, porque sabía mucho y transmitía su saber en la conversación más sencilla. A mí me sorprendió y me alegró muchísimo todo lo que él conocía ya, y todo lo que llegaría a conocer de nuestro Martí. Quizás ha sido a dos argentinos a quienes he oído hablar con más pasión, con más identificación, de José Martí: uno es don Ezequiel; el otro, Che. Cada uno de ellos, a su manera, entendió a Martí íntimamente, y sus vidas han quedado marcadas por la influencia de este padre magnífico que desde la niñez venimos leyendo, y más que leyendo, y que siempre tiene cosas que enseñarnos.

Después, cada vez que veía a don Ezequiel en la Casa de las Américas, nos sentábamos a conversar por horas; o me daba pena tener que cortar nuestros encuentros, con tantas cosas que hacer, y no podía más que saludarlo al pasar. Él tenía necesidad de amistad, de afecto, de comprensión. Hoy me gustaría ir a su mesa, donde esperaban sus ojitos brillantes de inteligencia y bondad. Lo que nos ha dejado es un tesoro, y ya no tenemos cómo agradecerse. Pero él supo en vida de nuestra gratitud, de nuestro cariño. Conservo de él no solo alguna de esas cartas peleonas que escribía cuando algo estaba mal o a él le parecía que estaba mal, sino, sobre todo, cartas de una enorme ternura. En alguna me llamó hija; en más de una, yo lo llamaba maestro.

Este amigo sabio y paternal nos falta ahora, y lo echamos mucho de menos. Pero sabemos que cumplió largamente con su deber, y que eso debió complacerlo, como lo complacería el saber que sus páginas y su conducta son reverenciadas por el pueblo de Cuba, que fue también el suyo, como suya fue esta Revolución nuestra. En fin: no puedo ni quiero hacer literatura con él. Fue grande entre los grandes, y bueno entre los buenos.